

LAS FIESTAS DE MI CALLEJON Apuntes para la Democracia Dominicana

Jorge Cela, sj.*

En las fiestas de mi callejón todos bailan. Entre todos hacemos la música con tamboras, güiros y palmadas. Porque las fiestas del callejón son nuestras, de todos. Hay otras fiestas que organizan otros fuera del barrio. No son iguales. La música la ponen otros. Uno puede bailar a su ritmo, pero no es igual. A veces hay que bailar en la calle, porque a uno no lo dejan entrar. O hay que pagar la entrada. A veces ni se oye la música desde fuera. En el callejón es diferente.

Y hablando de política, me gustaría que fuera como las fiestas del callejón.

En este artículo presento algunas reflexiones acerca de política y participación ciudadana a propósito de las próximas elecciones. Trato de indagar en factores subyacentes y desde ellos proponer los reclamos latentes de participación a los partidos, el Estado y la acción social entendida como la interrelación entre los diferentes actores sociales (Cfr. Touraine, *Actores Sociales y Sistemas Políticos en América Latina*).

Política y persona

En su carta pastoral sobre el período electoral los Obispos insisten en la doctrina de la Iglesia de que la persona humana debe ser el eje, sujeto y fin principal de toda teoría y praxis social. (66 ss) Esta afirmación,

* Párroco de San Martín de Porres, Guachupita, antropólogo, Secretario Ejecutivo de Ciudad Alternativa.

que suscribo totalmente, nos obliga a profundizar en el concepto de persona humana para poder hablar de política. Y entre los muchos parámetros en que nos podemos situar está el definir los límites de la persona humana. En nuestra tendencia maniquea a dicotomizar solemos dividir en bandos opuestos. En este caso entre los que afirman a la persona como individuo, insistiendo en su separación de los otros, y los que afirman su carácter social, la dimensión colectiva. Pero en realidad estas posiciones "radicales" representan los polos de un espectro en el que nos movemos por grados. Difícilmente encontramos las posiciones extremas que nieguen el otro polo. Se trata de énfasis.

Hay teorías y prácticas sociales que refuerzan la afirmación de lo individual: la propiedad privada, los derechos individuales, la privacidad. Otros, por el contrario, recalcan lo colectivo: la dimensión de solidaridad, la comunidad. Y en realidad son dos dimensiones de la persona que están siempre presentes. El acento puesto en la una o la otra provoca la reacción que reclama atención a la dimensión descuidada. El énfasis en las libertades individuales provoca los reclamos de igualdad social, de orden y regulación, de superación del individualismo y la soledad. El énfasis en lo colectivo lleva a la búsqueda de la identidad individual, de la libertad, del respeto a la diferencia.

Hoy en el mundo se hacen evidentes estos reclamos. Pero contrariamente a lo que podría ser una primera impresión, no se trata simplemente de un reclamo de igualdad y solidaridad a las sociedades capitalistas y de libertad en los países del Este. Ambas dimensiones se encuentran en toda sociedad como reclamos fundamentales y permanentes de la persona. En la vida política estos reclamos se expresan frente al Estado. Y fácilmente se cae en una demonización de éste como representante de la fuerza opuesta. Y ha dicho Michel Foucault que poner al Estado *en oposición con el individuo y sus intereses es tan aventurado como ponerlo en oposición con la comunidad y sus exigencias* (p. 36). Es preciso moverse en estas dos dimensiones de la persona humana. Romper el concepto de que la persona es una unidad clara y distinta demarcada por su epidermis, sus títulos de propiedad e identidad y su psicología individual. Entender que la persona se constituye en sus relaciones y que, por tanto, los otros y las cosas son parte de esa unidad básica. Es en este re juego que se enmarca la doctrina clásica de la Iglesia sobre la propiedad privada tal como la defienden los Obispos en su carta: afirmación del derecho a la propiedad privada como incentivo al trabajo y la creatividad, pero condicionándola a su fin social, es decir, a las relaciones que crea. ¿Cómo expresar este principio en resoluciones prácticas? No pocas veces ha servido para justificar expropiación de tierras para una reforma agraria, o nacionalización de empresas o el

derecho a regulaciones como participación obrera en la propiedad de la empresa, regulaciones sobre reinversión de ganancias, hasta la estatización de toda (o casi toda) propiedad productiva. Están claros los extremos que se niegan: ni derecho ilimitado de propiedad ni supresión absoluta de ésta. Porque ambos extremos establecen relaciones de opresión y desigualdad entre las personas. En el primer caso de opresión y desigualdad económica. En el segundo, de opresión y desigualdad política. La homogenización compulsiva destruye los sujetos individuales. La afirmación de la individualidad ilimitada impide la constitución de los sujetos sociales. Negar a la persona individual el derecho a afirmarse como diferente por su trabajo, su pensamiento, sus creencias, su propiedad, es oprimir. Pero impedirle constituirse como sujeto social en solidaridad con otros para construir su identidad, sus derechos, su acción política es igualmente negador de la persona. Cuando un patrón o un Estado se niega a negociar con grupos e insiste en negociar individualmente, por ejemplo, está negando tanto la persona como cuando niega el derecho a las libertades individuales.

Esta doble dimensión de la persona humana abre un campo permanente de conflictividad social. Las tensiones entre individuo y colectividad y entre colectividades constituidas requieren un continuo diálogo social y un flujo permanente de mediaciones sociales que permitan a esos conflictos convertirse en fecundos de nuevas formas de convivencia social. La ausencia de estas mediaciones los convierte en enfrentamientos destructivos. Las estructuras políticas requieren la flexibilidad para atender a este vaivén. O requieren de un fuerte poder de manipulación que tarde o temprano se convierte en poder centralizador y opresivo y, como tal, en generador de violencia.

En la política las prácticas clientelistas, caudillistas y asistencialistas niegan la dimensión social de la persona. Reducen a ésta a un mero objeto individualizable y manipulable al aislarla de las relaciones que la constituyen y le dan sentido. Devienen en un poder político (tanto en el Estado como en los partidos) individualizado, centralista, vertical, que se ejerce sobre personas individuales considerados como clientes, objetos de misericordia u obstáculos a reprimir. Su lógica es la de la manipulación y acumulación de poder. Finalmente al individualizar la persona la ignoran en cuanto relación y la objetivan convirtiéndola en una cosa manipulable para aumentar el poder. La persona termina como instrumento para el eje y objetivo central que es el poder.

La reacción frente a esto con frecuencia no supera la lógica subyacente. Se responde intentando crear un poder alterno igualmente manipulador y cosificador, generador de violencia, necesitado de igual

centralismo y verticalidad. Reflejo de que no se ha comprendido que "lo que es preciso impugnar es la forma de racionalidad vigente". (M. Foucault, *idem*).

Dentro de esa lógica es que se encuadra el Estado moderno.

El sistema político se hace más autoritario, los ciudadanos más pasivos... Los partidos democráticos y las organizaciones de las clases populares han contribuido también al desarrollo del Estado central... Es, pues, un fenómeno contradictorio: las clases populares se ven encuadradas en el sistema político (legalidad, instituciones, mecanismos de negociación y de coacción, valores, etc.) y este sistema es también, en parte, obra suya. (J. Borja, M. Castells y M. Belel, *Descentralización y Gestión Urbana*, en Mario Lungo, p. 254).

Se requiere cambiar la lógica y, al fin y al cabo, cambiar las premisas. Es preciso redefinir la persona, eje central de la política, a partir de las relaciones sociales que la constituyen como tal. Esta redefinición trae como corolario la revisión del concepto de participación como elemento central que la constituye como sujeto-actor social.

Desde esta perspectiva la actual campaña electoral toma visos de gran campaña publicitaria que busca aumentar el número de consumidores (votantes) en base a manipular su participación a la función de objetos para la acumulación de poder. Se ignora la existencia de todo actor social que no sea el partido, se reduce la participación individual a la acción física (caminar en una marcha, echar un voto en una urna) y se borran todas las diferencias que no sean las de partido homogenizando una masa de componentes bien heterogéneos. Se individualizan las soluciones en candidatos y se subordinan o se proponen entre paréntesis todos los conflictos sociales que constituyen, en realidad, la razón última de los votantes. Porque éstos van a expresar, el día de las elecciones, su satisfacción o descontento con una determinada forma de manejar las relaciones con personas y cosas que constituyen su existencia cotidiana. No hay coherencia entre la práctica partidaria de la campaña y las expectativas de los votantes al ocupar el único espacio de participación que se les ha dejado abierto. Como no la hay entre la práctica estatal y el quehacer cotidiano de la sociedad civil.

Por eso los electores tendrán que escoger entre aceptar el status quo y sacar la máxima ventaja individual posible o aprovechar ese espacio para ganar poder desde la alternativa que parezca romper más fuertemente con la lógica dominante. Y en esta segunda opresión hay una posibilidad de percepción diferente: si la ruptura se da a nivel de la racionalidad (aparente nueva lógica de constitución de poder político) o

a nivel de la solidaridad de clase (irrupción real o aparente, de una nueva clase al poder que supuestamente será portadora de una nueva lógica).

El cambio posible

Las elecciones tienen un poder de fascinación especial para levantar las esperanzas de cambio. En una situación de crisis como la que vivimos esto se acentúa. De tal manera que incluso los propulsores del mantenimiento del partido en el poder llegan a creerse que mantener es cambiar para mejor. Y aunque el sentimiento de frustración nacional y la evidente pérdida de fe en los partidos pesan sobre la población, gran parte de ésta vuelve a entusiasmarse con la perspectiva de las elecciones. Al respecto son interesantes las conclusiones de un estudio realizado en Venezuela:

A pesar de la creciente insatisfacción con la labor del gobierno, los venezolanos no habían dejado de percibir a las elecciones como el sistema apropiado para los cambios de gobierno ni, comparativamente con 1973, habían aumentado su desconfianza hacia candidatos electos. La tesis tan en boga en importantes voceros de la opinión pública sobre la pérdida de fe en la democracia, no encuentra ningún asidero en los datos. (Aristides Torres, p. 57).

Las mayorías, cada vez más conscientes de las limitaciones de la participación electoral, siguen viendo ese espacio como uno de los pocos mecanismos a su alcance para influir en los procesos históricos. Y no se equivocan en esta apreciación. Si bien las elecciones no son el único ni principal pivote para el cambio social, no podemos despreciar la importancia del Estado en el devenir nacional, y, por consecuencia, de quién lo tenga en sus manos, aun conscientes de las limitaciones que este mecanismo tiene. Si bien no se puede confundir elecciones con cambio social, no se puede ignorar que en sociedades como la nuestra ambos guardan cierta relación que adquiere su importancia sobre todo por la participación masiva que el pueblo tiene en ellas.

Los cambios se dan en la sociedad y las elecciones no son más que una de sus expresiones, que suponen un reajuste de las fuerzas en juego. Lo que ha pasado en la sociedad dominicana en los últimos cuatro años de alguna manera se reflejará en las elecciones. El pensamiento social de los últimos dos siglos nos ha descubierto dos importantes factores en el proceso de cambio social.

El primero son los sujetos sociales. Estos se constituyen en base a relaciones de identidad y contraposición para formar las fuerzas en juego. Partimos de la constatación de la pluralidad de sujetos sociales que, nos advierte N. Lechner (**Los Patios Interiores de la Democracia**,

pp. 33-34). Esos grupos que se conforman como tales a partir de la percepción de su identidad en la cotidianidad de sus relaciones y de su entrada en el juego social con poderes específicos.

En nuestra realidad hemos asistido a la irrupción de las masas populares como sujeto social, sobre todo a partir de 1984 (Cfr. Vanna Ianni, 1987). Contemplando en perspectiva histórica se nos aparece no como un hecho consumado sino como un proceso lleno de indefiniciones y fragilidades pero dramáticamente presente. Desde una multiplicidad de relaciones las masas populares (Vanna Ianni, 1990, p. 22) llegan a cohesionarse como sujeto político en los últimos años. Este hecho, unido a otro sujeto social relativamente nuevo como es la mujer, y los cambios operados en el campesinado cambian la base de sustentación de prácticas políticas anteriores. Hay pues una novedad en la sociedad dominicana cuya fuerza y consistencia real se reflejará en las próximas elecciones.

El segundo factor de cambio es el desarrollo tecnológico. Frecuentemente descuidado en los análisis de muchos estudiosos de Karl Marx, fue para él un factor clave. Fundamentalmente porque es la tecnología un responsable clave del modo de relación entre las personas y de éstas con su mundo. Y no sólo en cuanto a las relaciones de poder económico y político que genera, sino también por los cambios culturales que induce. Visión del mundo, valores y comportamientos son subvertidos más por un adelanto tecnológico que por muchos cursos. Las bibliotecas antropológicas están llenas de estudios que confirman esto.

En los países periféricos como el nuestro los cambios tecnológicos actúan más desde la transformación de los hábitos de consumo que de la producción. Somos consumidores y no productores de tecnología. En los últimos años el impacto del turismo y de los emigrantes de USA se ha hecho sentir como impulso de estos cambios con más fuerza incluso que los medios de comunicación. Esta peculiaridad convierte los cambios producidos por la tecnología en una fuerza parásita que consume más de lo que produce. Las transformaciones de nuestro modelo económico no han podido empatar con este proceso. Prueba de ello es nuestro creciente déficit comercial de bienes.

Todo esto ha desembocado en una revolución de las expectativas más allá de los logros e incluso de las posibilidades reales.

Los mitos de salida

Esta utopía secular encuentra los caminos bloqueados. El disfrute de la modernidad se vuelve un canto de sirena inalcanzable que disloca

el rumbo de los procesos históricos. Se oye el llamado, pero los caminos de acceso están bloqueados. Se generan entonces nuevos mitos que mantienen vigente la esperanza, que movilizan provisoriamente y que tienen el peligro de conducir al naufragio por su creciente desconexión con la realidad. Pero ellos sostienen mientras tanto la marcha de los pueblos con fuerza mesiánica.

Así de esta combinación de expectativas crecientes con bloques históricos empiezan a construirse verdaderos fetiches ideológicos. Por ejemplo, la revolución adquiere ese poder mágico para algunos:

La situación de la región (América del Sur) caracterizada por un estancamiento económico en el marco de una estructura social tradicional y, por otra parte, por una creciente movilización popular, es interpretada como un estado prerrevolucionario, contrastando los cambios rápidos y radicales de la revolución cubana con los obstáculos que encuentra la modernización desarrollista, se constata la inviabilidad del modelo capitalista de desarrollo en América Latina y, en consecuencia, la "necesidad histórica" de una ruptura revolucionaria (Lechner, p. 23).

La revolución inminente comienza a confundirse con la emergencia de los nuevos sujetos históricos y se abre el discurso sobre un nuevo poder popular que parece tener el poder mágico de superar las fragilidades y contradicciones de los sujetos en construcción. El fetiche sustituye los procesos reales interrumpiendo su dinámica.

En nuestra situación Nueva York se convierte en la tierra prometida. Un nuevo mito desmovilizador que interrumpe los procesos históricos porque nadie arregla la casa cuando se va a mudar. Si son cientos de miles los dominicanos que han emigrado, son muchos más los que anidan la esperanza de seguir sus pasos o, al menos, se han cuestionado seriamente en algún momento si esa no será la única salida. El proyecto individual se agranda ante el fracaso del proyecto colectivo hasta convertirse en nuevo mito de salvación.

Otras veces la esperanza se personifica en líderes que alcanzan dimensiones mesiánicas. Las campañas electorales son momentos precisos para el desarrollo de estos mitos. En el fondo ellos distorsionan el concepto del poder. Este se cosifica y todo el juego social parece reducirse a determinar quién se apropia del poder como si fuera una varita mágica que sólo depende del deseo formulado por su poseedor. Mito desmovilizador que otorga a personas poder y cualidades superhumanas y resta importancia a las estructuras y la participación. En realidad no hay mucha distancia entre la mayoría de la propaganda electoral y la guagüita anunciadora que proclama las virtudes de un

bálsamo que quita todos los males, desde el dolor de muelas y el derriengue hasta los malestares del embarazo.

Todos estos mitos sustituyen la realidad por fetiches paralizantes, aunque éstos tengan el poder de movilizar masas en caravanas o protestas.

Es necesario abrir canales que permitan la constitución de una pluralidad de sujetos en diálogo y participación. Esta afirmación conlleva que la alternativa no es un sujeto (individual ni colectivo) sino un conjunto. Pero además, que estos sujetos no se encuentran en lucha por apropiarse del poder como si fuera una pelota de baloncesto, sino que los sujetos construyen el poder como forma de relación desde la participación de todos. La finalidad no es la conquista del poder con la exclusión de otros sino la concertación de un poder participado como nueva forma de relación social.

Esta visión es muy difícil para los partidos tradicionales, sean de derecha o izquierda, y requiere nuevas formas de participación de la sociedad civil que requieren un lento aprendizaje que contradiga el dinamismo centrípeto de los partidos (el famoso "*servir al partido para servir al pueblo*") y lo sustituya por la fuerza centrífuga de un poder en función de una realidad más amplia y compleja que la propia organización.

El camino tridimensional

En el libro de los problemas absurdos hay un capítulo dedicado a cómo reducir a dos dimensiones un objeto tridimensional sin que pierda su identidad. Podemos lograr una foto, un video, un cuadro de un gato que tengan sólo dos dimensiones. Pero un gato vivo siempre será tridimensional. Porque las dimensiones son cualidades sólo aislables en la abstracción de nuestra mente. Todos ellos son constitutivos. Es decir, ausente una, la realidad simplemente no es.

La realidad social también tiene sus dimensiones, separables sólo en nuestro análisis. Por eso hablar de que la realidad se constituye a partir de una de ellas es cosificar el pensamiento de la manera más grosera. La realidad social se constituye en la relación de lo económico, lo político y lo cultural, junto a otras dimensiones (como la psicología). Considerar alguna de ellas como un ente separado es como pretender que un volumen se constituye a partir de sus elementos y no de la relación entre ellos.

Preguntarse si el cambio debe empezar por la dimensión económica política o cultural es ignorar que la realidad social se cons-

tituye en la relación de estos elementos y no en la yuxtaposición de ellos. Como si los modelos económicos no implicaran relaciones políticas y culturales o la cultura pudiera constituirse al margen de las relaciones económicas o políticas.

Hablar del campo limitado de acción de las elecciones porque ellas pertenecen al ámbito político es no entender que son también un fenómeno económico y cultural. No se puede entender ningún proceso electoral sin situarlo en su marco económico y cultural. Cómo entender las elecciones nicaragüenses sin prestar atención a la crisis provocada por el bloqueo económico y cómo comprender éste sin considerar los intereses geopolíticos de los Estados Unidos. Cómo comprender la historia electoral dominicana sin tener en cuenta la cultura del clientelismo y el caudillismo.

En el momento de votar entran en juego todas las relaciones que constituyen el hecho social. La crisis económica en sus múltiples manifestaciones: la devaluación del peso, la inflación, la crisis de los servicios. Entran también dimensiones políticas como la búsqueda del poder como dominio, participación, la libertad, la solidaridad. Entra la cotidianidad cultural, los espacios de lo social, lo genérico, lo generacional, lo religioso. El elemento hegemónico depende de la coyuntura.

Esta visión nos obliga a afinar el análisis no sólo para el momento puntual de las elecciones, sino para todo el universo del ejercicio del poder. El simplismo es enemigo de la verdad. La unidimensionalidad sigue siendo una distorsión de la realidad. Y estas distorsiones son también paralizantes. Afirmaciones como: *mientras no haya cambio en la estructura económica no se puede hacer nada o las elecciones son inútiles porque los americanos las arreglan*, no tienden a radicalizar la participación, sino a suprimirla. El desencantamiento de viejos mitos se castra para hacerse puro desencanto. La falta de análisis de los procesos lleva a interpretaciones fetichizadas en que los hechos son sustituidos por el fetiche.

Pero a la vez, el perder el sentido del tiempo y no descubrir el ritmo del cambio, lleva a cálculos erróneos sobre el poder de convocatoria de viejos mitos. La orientación de algunas campañas publicitarias en estas elecciones refleja este desfase.

El país ya no es el mismo. Hemos pasado por el cambio de modelo económico, el desencanto de los gobiernos del PRD, la crisis económica, el impacto de la emigración masiva, la revuelta de abril del 84, la emergencia del nuevo sujeto histórico barrial y las nuevas formas del proceso cultural. Los sucesos de Europa del Este y Nicaragua han

espantado viejos fantasmas. Todo esto ha llegado a transformar el espacio de la vida cotidiana. El voto de la mujer y el campesino, el miedo a la guerra y al comunismo, la aceptación agradecida del asistencialismo como salida, el deslumbramiento con lo monumental, el respeto a las figuras de autoridad, ya no pesan como antes. Hay nuevas fuerzas en la balanza: el hastío con la baja calidad de la vida, el aumento del caudal de información para conformar una nueva racionalidad, la revolución de las expectativas, los frutos de la extensión de la educación formal e informal, el sentimiento de frustración frente al proyecto histórico nacional, la aparición de fuerzas políticas no partidarias. En resumen, el escenario político de estas elecciones está cargado de novedades cuyo peso aún es prematuro predecir.

¿Quién podrá salvarnos?

Los chapulines colorados han caído en el descrédito. Más aún, la crisis de credibilidad no afecta sólo personas, sino también instituciones. Aunque los mecanismos de irrenunciabilidad de la esperanza brotan en cualquier resquicio, como flores en grietas de viejos edificios. Sin embargo, las expectativas con relación a la política son cada vez más matizadas, como plantas que crecen raquíticas por falta de tierra.

Influye la ruptura del mundo tradicional, que se resquebraja ante el impacto de la modernidad. Los valores absolutos, las estructuras verticales, los espacios sagrados, las relaciones autoritarias, las explicaciones mágicas, el mundo homogéneo, el ritmo lento, el peso de la tradición. Todo parece perderse.

La razón toma las riendas y la modernidad irrumpe con su carga de criticidad. La sospecha metódica invade los juicios y cada vez pesan menos las palabras de autoridad. La libertad reclama su independencia e impone el pluralismo desde la moda hasta la moral. Pasamos de *un orden recibido a un orden construido* (Lechner, p. 168). Junto a la criticidad aparece el reclamo de participación. La protesta se convierte en propuesta, en alternativa.

Pero antes que esta modernidad incipiente y frágil haya anclado definitivamente en nuestras playas, ya asoman los aires de la posmodernidad, del desencanto con el desencantamiento del mundo. Parece como si la humanidad que apostó a la razón hubiese perdido la partida. los grandes proyectos de la modernidad se desmoronan e invade el ambiente un cinismo sobre las utopías. Parece como si éstas hubieran naufragado y no quedaran más que sobrevivientes individuales en busca de islas paradisíacas. Un desgano cultural por todo lo grande, lo bello, lo colectivo, lo futuro. Como canta Joaquín Sabina:

Quiero mudarme hace años al barrio de la alegría
pero siempre que lo intento
ha salido ya el tranvía
y en la escalera me siento,
a silbar mi melodía. (Citado por González Faus p. 30).

Mucho del *realismo* neoliberal de nuestra pequeña burguesía exizquierdista sabe a este cinismo posmoderno. Una forma de justificar el fracaso de los fanatismos juveniles.

Los más ligados al mundo tradicional entran en la ansiedad de quien ve romperse sus bases de sustentación. Se refugian en el fascismo y el autoritarismo. Se recurre a la violencia y la ilegalidad para mantener el orden. Vanna Ianni nos advierte que *el autoritarismo ha prevalecido, casi sin presentar fisuras, en el devenir dominicano, produciendo una organización de la totalidad social fundada en la diferenciación y la jerarquización, las exclusiones y las intransigencias*. Su lógica es la acumulación de poder que se coloca por encima de la ley, privilegia el particularismo y el personalismo, las relaciones fundadas en lealtades y gratificaciones y sanciones clientelares. (De lo Presente y lo Posible).

Frente a ellos, la crítica de la modernidad no aparece como coherente. Nuestra modernidad de consumo no es capaz de producir novedad, como bien devela Manuel Matos Moquete en su cuestionamiento a Moderno. Nuestra modernidad la hemos leído en libros europeos o norteamericanos bajo el signo neoliberal o marxista. No es juego de nuestro trapiche todavía. Y, sin embargo, su impacto empieza ya a modificar hábitos de pensamiento y comportamiento. Estamos cansados del desorden, del paternalismo, de la ineficiencia, de la homogenización. Reclamamos eficacia y libertad. Pero difícilmente los producimos en los ámbitos de nuestro accionar. Los empresarios que reclaman libre empresa y participación política no quieren sindicatos. Los profesionales que proclaman su autosuficiencia negocian prebendas que aumenten sus entradas. Las minorías que exigen reconocimiento siguen excluyendo a las mayorías. Son pocos los coherentes, porque la incoherencia está en el medio mismo de nuestra modernidad dependiente.

Y con esto damos paso a los cínicos que justifican su indiferencia, su renuncia a la utopía, su pragmatismo individualista, su exilio voluntario en el reino de los dólares. Han dejado de creer en todo proyecto que requiere ser construido. Prefieren negar la utopía a comprometerse con ella. Buscan el presente barato a costa de la renuncia al futuro.

Estas tres tendencias anidan en cada uno de nosotros. Como dinamismo no integrado de nuestra esquizofrenia cultural. Pero quizá

este estado de indefinición en la transición nos prepara a la flexibilidad de la que habla Xavier Gorostiaga:

Las revoluciones de los *condenados de la tierra* tienen una cultura orgánica donde los pueblos, para poder sobrevivir, han digerido ideologías y tradiciones culturales que en el mundo cartesiano de las sociedades desarrolladas de Occidente muchas veces aparecen como contradictorios. Esta capacidad orgánica de asimilar y encontrar convergencia, incluso entre ideologías no coincidentes, es uno de los fenómenos ideológicos que sobresalen en los pequeños países de la periferia (p. 3).

Pero este aporte es desde la fragilidad y la incoherencia. El mismo Gorostiaga unos meses después tenía que escribir explicando por qué un proyecto semejante no fue capaz de ganar las elecciones en Nicaragua. No basta con exaltar la creatividad, informalidad y flexibilidad de los sectores populares. Es necesario darles la consistencia de proyecto nacional.

La demanda de los tiempos

A partir de las reflexiones hechas hasta aquí quiero plantear algunas de las preguntas que me surgen en relación a los partidos políticos, al aparato del Estado y a la interrelación de los actores sociales.

a) Frente a los partidos políticos

Ningún partido clásico ha tomado aún la medida de las amenazas y de las promesas que encierran los trastornos que se están produciendo. Ninguno ha podido definir aún una visión y una política a largo plazo; y esto no debe resultar sorprendente: las perspectivas a largo plazo son profundamente distintas de las urgencias y a los afanes del presente. Es una característica de todos los períodos de transición y de ruptura (André Gorz, p. 139).

Esta voz de alarma, que no es solitaria, nos indica el desfase que ha venido incrementándose entre partidos y procesos históricos. Los partidos parecen atrapados en tres modelos que les impiden flexibilidad para seguir los movimientos de los actores sociales. Los partidos, orientados y estructurados hacia la toma y mantenimiento del poder del Estado, tienden a instrumentalizar la ciudadanía, en el mejor de los casos porque se autodefinen como su más fiel representante.

El primer modelo es el partido clientelista. Considera la ciudadanía como su clientela a la que hace ofertas individuales y cuyas demandas trata de adecuar a sus ofertas. Es el partido de los caudillos, las promesas irracionales y los pesos en las manos. Se estructura a partir de *agentes vendedores* que controlan segmentos de la población a cambio de prebendas y privilegios (o la promesa de los mismos). Tienen poca importancia los programas, la participación o la ideología (en sentido de

cuerpo ideológico estructurado). Se mueve con facilidad en el ámbito de la cultura premoderna.

El segundo modelo es el partido moderno. Incorpora los nuevos avances de la administración de empresas a su accionar: racionalización de medios afines, análisis de mercados y diseño publicitario, organización eficiente. Es menos inmediatista que el modelo anterior. Pero su fin tampoco es el proyecto histórico nacional, sino la toma del poder. Las subordinaciones que esto implica impiden la democracia interna y la sensibilidad a necesidades fuera del partido. Su acción se define como competencia obstaculizando el diálogo social. Tiene en cuenta la disciplina y las referencias ideológicas y simbólicas que fortalecen la identidad.

El tercer modelo es el llamado centralismo democrático. Acentúa la verticalidad y la inflexibilidad ideológica. Se autodefine como vanguardia y único representante legítimo de las mayorías. No siente, por tanto, la necesidad de escucharlas.

Como modelos, estos tres tipos son caricaturas. Pero nos ayudan a entender por qué la dinámica de los partidos bloquea la estructuración de un proyecto nacional y de una real participación ciudadana. La orientación hacia la toma del poder dificulta la conformación de un proyecto que vaya más allá del partido mismo y niega la posibilidad de verdadera democracia al negar el pluralismo. Impide también la visión a largo plazo, indispensable para un proyecto histórico, reduciéndolo al inmediatismo electoral. El descuido mantenido del problema energético es un síntoma de esta situación. Ningún gobierno ha querido asumir un proyecto a largo plazo tan costoso. Todos quieren inaugurar en el plazo de sus cuatro años.

Quizá la única forma de promover esta apertura en los partidos sea el fortalecimiento de las organizaciones ciudadanas independiente que puedan forzar a un diálogo social que sirva de contraparte al poder estatal. Es decir, aceptar que la acción política no se limita a la acción del Estado. En el fondo este descubrimiento es lo que motiva al sector empresarial neoliberal a reclamar una reducción del poder del Estado para ganar espacio político. Esto nos plantea la necesidad de constituir un poder ciudadano independiente de los partidos.

b) Frente al Estado

El Estado democrático se define como el poder de los ciudadanos. Pero la práctica lo ha hecho algo muy distante de esta definición. La propuesta que hacemos sobre los partidos nos lleva a ampliar nuestro

concepto del sector público. Si éste se opone al sector privado, defensor de intereses individuales, como garante del Bien Común y de la concertación social, es necesario incluir en él la organización de la ciudadanía con miras a la construcción del Bien Común a partir de los Bienes Parciales de los diferentes grupos o actores que componen la sociedad y de su integración. Esta integración, necesariamente conflictiva, requiere de concertación y diálogo. El Estado ha demostrado, tal como está concebido en los sistemas actuales, su insuficiencia para ejercer ese rol. Es en este sentido que hoy hablamos de democracia participativa como complemento de la democracia representativa. Es un modelo para armar del cual aún no tenemos todas las piezas. Pero que es necesario empezar a investigar y ensayar. Y para ello hay que multiplicar los espacios de diálogo y acción conjunta.

c) Frente a los Actores Sociales

Hay dos propuestas fundamentales:

1) La construcción de un proyecto nacional que rescate nuestra identidad, autovaloración y fe en el futuro. Es un proyecto que debemos construir desde el diálogo y la participación. Un proyecto que resiste toda la violencia y que se presenta como urgente. El desgaste que hemos sufrido en los últimos años requiere el esfuerzo de todos. Diferentes esfuerzos en este sentido en los últimos tiempos han logrado sentar a la mesa del diálogo a muchos e importantes actores sociales de nuestra realidad. Es un síntoma de que se trata de una necesidad sentida y de fácil acogida.

2) Este proyecto necesita de una simbólica nueva. Necesitamos nuevos síntomas de nuestra identidad emergente, del pluralismo necesario, de nuestro proyecto de futuro de nuestra unidad en la diversidad conflictiva. Los espacios culturales requieren nuestra atención desde esta nueva perspectiva. No se trata de rescatar, sino de construir nuestros valores y tradiciones a partir de nuestras raíces. Esto supone un esfuerzo colectivo mucho más creativo.

Conclusión

Estos retos planteados depasan la coyuntura electoral. Pero quizá sea una buena ocasión para echarlos a rodar de forma que entren en el diálogo y quehacer político.

¡Ojalá que en esta fiesta todos logremos bailar!

BIBLIOGRAFIA

- Conferencia Episcopal Dominicana, **Carta Pastoral**. República Dominicana, 21 de enero de 1990.
- Foucault, Michel, *La Razón de Estado*. Plural, 187, 1988.
- González Faus, J. Ignacio. *La Interpelación de las iglesias latinoamericanas a la Europa posmoderna y a las iglesias europeas*. Fundación Santa María, Madrid, 1988.
- Gorostiaga, Xavier, *Los retos del Sandinismo*. Pensamiento propio, 62, 1989.
- Gorz, André, *Los caminos del paraíso*. Laia, Barcelona, 1986.
- Ianni, Vanna, *El territorio de las masas*. Ed. Universitaria, UASD, Santo Domingo, 1987.
- , *De la democracia dominicana*. Manuscrito, Santo Domingo, 1990.
- , *De lo pasado y de lo posible*. Realidad, El Siglo, 8 de marzo de 1990.
- Lechner, Norbert, *Los patios interiores de la democracia*. FLACSO, Chile, 1988.
- Lungo, Mario, *Lo urbano*. CSUCA, Costa Rica, 1989.
- Torres, Aristides, *Fe y desencanto democrático en Venezuela*. Nueva Sociedad, 77, 1985.
- Touraine, Alain, *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*. PREALC, Chile, 1987.
- Varios, *Naufragio de utopías*. Narcea, Madrid, 1988.



nelson gómez

Caricaturas tomadas de El Siglo, martes 17 de abril de 1990